

Capítulo L.

Astucia y resolución.

Antes de referir el acontecimiento á que he aludido en el capítulo anterior, vamos á ver los preparativos que habia hecho Catalina para llevar á cabo con buen éxito su empresa.

Haciendo suya la causa de Guacanajari, comprendió con su natural penetracion que necesitaba á toda costa separar al almirante del jóven indio que le servia de intérprete.

Catalina pensó desde luego que le seria muy fácil separar al indio de su amo, llevársele consigo, sin perjuicio de entregarle más tarde á la venganza de Guacanajari.

Pero Catalina, con su sagacidad, más propia de una mujer civilizada que de una mujer salvaje, com-

prendió que para separar al indio Diego de su protector necesitaba antes impulsarle á cometer un crimen.

Ojeda habia fijado sus ojos más de una vez en Catalina durante la travesía, y ella habia comprendido que habia incendiado su pecho con una mirada.

Pero Ojeda se habia jurado no amar nunca; y aunque se engañaba á sí propio, hacia todo lo posible por huir de Catalina, seguro como estaba de que aquella mujer tenia en sus ojos un poder irresistible, una fascinacion capaz de arrastrarle á faltar la promesa que se habia hecho.

Convenia al plan de Catalina aumentar la llama que habia encendido en el corazon del valiente capitán, y persiguiéndole con sus miradas incendiarias, colmándole de caricias, que parecian hijas de la gratitud, le atraia á sí é iba poco á poco volviéndole el juicio.

—¿Ves ese hombre?—dijo Catalina al indio Diego, señalándole á Ojeda,—me ama, está loco por mí, es fuerte y querrá que sea su esclava.

—Pero tú no le amas, tú no puedes amarle,—dijo Diego,—á quien la pasion tenia siempre en un estado febril.

—Nó; yo solo te amo á tí; pero es valiente, es tu amo, tambien es mi señor; puede disponer de la esclava. Si me pide su amor, ¿cómo podré negárselo?

—Nó, nó, tu no le amarás,—dijo fuera de sí el indio.

—¿Amarle? No; le odio. A ti sí; por esa misma razón debes arrebatarme la vida.

—¿Qué dices?

—Sí; desde aquí se ven á poca distancia de la playa algunos de esos árboles cuyos frutos dan la muerte. Una rama de ellos colocada al lado del que duerme, basta para matarle sin que pueda gritar, sin que pueda pedir auxilio. Aprovecha la primera ocasión, trae una rama del manzanillero, y cuando duerma colócala á su lado. Morirá, y seremos libres y podremos amarnos.

—Nó, nó, eso nunca,—dijo Diego.

Catalina hizo todo lo posible para aumentar la pasión de Ojeda, y siempre que Diego podía verlo colmaba de caricias al valeroso capitán.

Diego se acercaba á ella y no pronunciaba más que estas palabras:

—Mátale, Diego, mátale.

Quería impulsarle á cometer aquel crimen, segura de que se arrepentiría de su obra, y de que podría dominarle con la amenaza de comunicar á Colon que él había sido el asesino de Ojeda si no le secundaba en sus planes.

Pero Diego era incapaz de cometer acción tan villana, y aunque era grande el amor que le inspiraba Catalina, era mayor, mucho mayor el prestigio que sobre él ejercía Colon.

Nada tiene de extraño que aquel hombre, lo mismo que los demás europeos, representasen para él poco ménos que la divinidad.

Había asistido á las ovaciones entusiastas que España entera había tributado al gran descubridor del Nuevo-Mundo á su llegada á Palos, y al pasar por las ciudades de Castilla y Aragón había presenciado la audiencia en que los reyes y lo más escogido de la corte habían oído el relato de los descubrimientos, y aquello le parecía el Edén en que su religión le había hecho soñar.

Los reyes dispusieron que fuera bautizado con sus compañeros y fué al templo.

Las elevadas bóvedas de la catedral; las esbeltas columnas que la sostenían; los altares cuajados de oro y formados con preciosos alabastros; las lámparas de plata y oro que pendían del techo é iluminaban los altares; las vestiduras de los ministros de Dios; el sonido del órgano que llenaba el espacio; las nubes de incienso que subían formando espirales en torno del Tabernáculo, todo aquello había impresionado vivamente su alma; no dudaba que Colon y sus compañeros eran hijos del Dios á quien temía y amaba, y desde aquel momento se prometió sacrificarle su vida; serle fiel y leal; derramar en su defensa hasta la última gota de sangre.

El amor era en él una pasión vehemente.

Pero mayor vehemencia, mayor fuerza tenía en su alma el sentimiento del deber, de la gratitud.

Inútiles fueron por lo tanto las tentativas que hizo Catalina para impulsarle á arrebatarse la vida á Ojeda y hacerle cómplice de sus planes.

Ojeda por su parte, aunque estaba prendado de la

india, luchaba á un mismo tiempo con la pasión sensual que despertaba en él aquella mujer, y con otra pasión que el espectáculo de aquellos hermosos países le había inspirado.

Ojeda, aunque pobre, era hijo de una noble familia.

Había tenido que ser paje del duque de Medina-celi y por más que su amo le había tratado siempre con la mayor deferencia, por más que le había colmado de honores y de consideración al ver las pruebas de su valor y de su audacia, en medio de las atenciones de que era objeto experimentaba un vago deseo de adquirir riquezas y poderío, honores y títulos, para llegar un día á ser igual al que en su juventud había sido su protector.

Aquel deseo tomó cuerpo en su alma.

Por medio de la guerra podía apoderarse de aquellos dominios y abrigaba el proyecto de pedir á Colón que le dejase con una carabela y algunos soldados continuar el viaje de exploración, seguro de que hallaría nuevas islas y que luchando con sus naturales les subyugaría, y de este modo vería realizados sus dorados ensueños.

Este deseo era superior al que le inspiraba Catalina, y por lo tanto la india vió frustrados sus propósitos.

¿Qué había de hacer entonces? Tomar una resolución definitiva.

Sus compañeras estaban dispuestas á seguirla.

Aunque prisioneras á bordo, no estaban aherrojadas como los caribes.

Podían velar el sueño de los navegantes; podían aprovechar un momento en que el centinela estuviese dormido para arrojarse al agua y llegar á nado hasta la orilla á favor de las sombras de la noche.

Guacanajari la esperaba.

Su llegada apresuraria el proyecto que había concebido el rey de Haití.

Al octavo día después de su entrevista comenzó á encapotarse el cielo.

Una brisa caliente presagiaba la tempestad.

Pero la brisa cesó, la atmósfera quedó en calma, y las negras nubes apiñadas sobre Haití impedían á la luna que vertiese sobre los bajeles sus argentados rayos.

Catalina habló á sus compañeras.

—Ha llegado el momento,—les dijo:—á favor de la oscuridad de la noche podremos arrojarnos al mar y llegar á la playa.

Los marineros no se apercibieron; el vigía de la carabela almirante dió la voz de alerta, que repitieron los centinelas de las demás embarcaciones, y un momento después todo quedó en silencio.

Catalina procuró atar un cable á una de las argollas de la galería, y arrastrándose sobre cubierta con las demás indias, prestó el oído para ver si escuchaba algún rumor.

No percibió nada.

Instantáneamente trepó por la galería y se deslizó con la mayor suavidad por el cable, lanzándose al agua y comenzando á nadar hácia la playa.

Las demás hicieron otro tanto sin que se apercibiera el centinela del buque.

Avanzaban hacia la orilla cuando el vigía de una de las carabelas las divisó, y para dar la voz de alarma disparó su arcabuz.

Instantáneamente se presentaron sobre cubierta los marineros, los soldados, los jefes, hasta el mismo Colon.

La noche estaba muy oscura.

Pero los de la carabela capitana no tardaron en ver que las indias se habían escapado, y comprendiendo desde luego que aquella fuga era el resultado de una conjuración, dispararon sus armas los soldados de la carabela de Colon y á un mismo tiempo los más audaces marineros se arrojaron al agua para perseguirlas mientras se aprestaba el bote que debía volverlas presas á la embarcación.

Las indias hacían desesperados esfuerzos.

—Animo,—gritaba Catalina,—que ya falta poco, y allí nos guardan nuestros amigos que nos defenderán.

Pero los marineros estaban á poca distancia de ellas.

Un momento más y eran perdidas.

Catalina lanzó de pronto un grito de alegría.

Había llegado á tierra y corría presurosa con dirección hacia una luz lejana que los españoles habían notado desde hacía algunas noches, y que era una señal convenida con Guacanajari para saber donde podrían encontrarle.

Cinco más pudieron seguir á su reina.

Pero las otras cuatro, al poner el pié en la orilla, fueron aprisionadas por los marineros y conducidas á bordo en medio de la mayor desesperación.

La luz desapareció instantáneamente.

Colon, que observaba esto, pensó desde luego que había sido víctima de una traición, y aguardó con ansia el nuevo día para correr á exigir cuenta de su conducta á Guacanajari.

—Ya veis,—exclamó el padre Boil,—como no nos hemos equivocado al aconsejaros que no fuerais piadoso con esos miserables. Han urdido una conspiración; esas mujeres, al escaparse, han obedecido sus órdenes.

Cansados de temporizaciones con nosotros, atribuyendo á debilidad lo que ha sido bondad en vuestro ánimo, aguardan sin duda alguna á que pidais la devolución de las prisioneras; se negará á entregarlas, este será el pretexto de guerra, y lo que no habeis hecho, lo que tal vez se hubiera podido hacer sin derramar sangre, vá á costarnos la vida de nuestros compañeros, y quién sabe si nuestra derrota.

—Callad, callad, padre Boil,—dijo Colon,—no atribuyais á mi bondad esos excesos. Guacanajari es leal. Los suyos han podido influir sobre su ánimo, pero si es así tengo fé en mis capitanes, en los soldados, en los marineros, en todos los que me acompañan, y yo al frente lucharé si es preciso con ellos si me han engañado cobardemente.

Estas palabras produjeron el mayor entusiasmo en los que rodeaban á Colon.

—Sí, sí, almirante,—dijeron todos,—los que no profesan la religion cristiana son nuestros enemigos.

Los árabes han caido á millares bajo el filo de nuestra espada.

Los dominios que conquistemos pertenecen á nuestros reyes y por la gloria de nuestra pátria; por el triunfo de nuestra religion; por nuestra propia honra debemos luchar con esos salvajes y dominarlos, para que confiesen la fé y sean vasallos de los reyes de Castilla y Aragon.

—Siempre ha sido mi ánimo,—dijo Colon aprovechando una ocasion para explicar á sus compañeros su pensamiento,—difundir la religion cristiana entre estos infelices que no pueden gozar de los consuelos que ofrece á los creyentes.

Pero por la misma razon de que la religion cristiana es toda caridad, mi mayor deseo ha sido ahorrar la sangre; evitar el combate; conseguir con la amistad, con el afecto, con la veneracion, lo que no se consigue fácilmente de un pueblo que ama su independencia, con el arrojo, con el valor, con la crueldad.

¡Ah! si vosotros hubierais llegado como yo despues de una navegacion incierta, á través de los mares y expuesto á las tormentas y á los huracanes; si despues de tantos dias de zozobra y de angustia, con la ansiedad de hallar tierra, hubierais llegado á esta isla y hubierais hallado en sus moradores la

acogida afectuosa y sincera que me dispensaron; si hubierais visto á Guacanajari contemplarnos á todos como enviados del cielo, como los fuertes defensores de su independencia, como los que iban á librarles de las persecuciones de sus enemigos; si los hubierais visto correr presurosos á la playa á ofrecernos todo cuanto tenian; si los hubierais visto arrodillarse en presencia de la santa imágen de la Virgen y pronunciar con nosotros las oraciones que les enseñábamos; si hubierais recibido aquellas pruebas de cordialidad, de veneracion, de respeto que les merecíamos, no dudariais ahora de que si Guacanajari ha cometido una traicion, ha sido aconsejado por los otros caiques.

Yo bien sé que todos teneis valor para blandir la espada; que os importa poco la vida; que la perderis gustosos peleando por la santa causa; pero ¿no es mi deber, siendo vuestro jefe, economizar vuestras fatigas, procurar que no se derrame una sola gota de vuestra sangre? y sobre todo que para dominar á estas gentes, más conseguiremos por el afecto que por medio de la fuerza.

Vos, padre Boil, vos mismo que representais aquí esa sublime religion que todos tenemos en el alma, ¿no creéis que aun en el mismo tribunal de la penitencia la esperanza y la piedad divina pueden más que los castigos atroces de los que la interpretan humanamente?

—Es cierto,—contestó el padre Boil;—pero no ignorais que, aunque con profundo pesar, con hondo

dolor, la Inquisición, que está llamada á purgar las heregias, enciende hogueras para aquellos protervos que desconocen las santas verdades, que cierran los ojos á la luz, y que atados á la duda por la cadena del excepticismo, no pueden servir para el bien y son un elemento constante para desarrollo del mal.

Vos mismo sabeis que los miembros podridos es preciso cortarlos para que no hagan daño á los buenos, y yo, que hubiera derramado amargas lágrimas al ver á nuestros soldados caer sobre los indios; yo mismo les hubiera aconsejado que hicieran eso, porque tal vez el castigo de algunos hubiera producido la sumision de los demás.

—¿Y acaso no es mejor que el castigo sea merecido? ¿Creeis por ventura que los sentimientos generosos del corazon cristiano pueden permitir á un hombre que anticipe el castigo al delito? ¿qué han hecho contra nosotros los habitantes de este país?

Nos han buscado; con lágrimas en los ojos nos han referido el desastre de nuestros compañeros; han temido nuestra indignacion y han abierto su corazon á la esperanza al ver el perdon en nuestros ojos.

El rey se ha apresurado á suplicarnos que fuéramos á verle.

Hemos llegado y nos ha recibido con los brazos abiertos.

La alegría se revelaba en su rostro.

Despues ha venido; nos ha ofrecido cantidades inmensas de oro; ha mandado formar una corona; ha sabido con placer que íbamos á vivir á su lado...

¿Era justo que á unos séres que se acercaban de este modo á nosotros les recibiéramos á cañonazos?

¿Era justo que las espadas de nuestros soldados se tiñeran con la sangre de esos infelices que confiaban en nuestra fé, en nuestra lealtad?

—Nó, nó,—gritaron todos los que acompañaban á Colon.

—Pues bien, yo que he podido aparecer á vuestros ojos como un sér débil, si nos han engañado, si Guacanajari ha cometido una traicion, si ha faltado á su vez á lo que nos prometió, yo mismo ofrezco guiáros al combate y os aseguro el triunfo.

Estas palabras fueron acogidas con entusiasmo, y todos aguardaron el nuevo dia para dar á Guacanajari y á los suyos un ejemplar castigo, si lo que sospechaban era cierto.

La ansiedad que dominaba su corazon no les permitia cerrar los ojos ni entregarse al sueño.

Poco á poco fueron disipándose las nubes.

La luna brilló en el firmamento.

Pasó el tiempo, y el negro crespon de la noche fué recogíendose para dejar paso al lucero matutino.

La primeras luces del alba jugaron sobre las verdes copas de los árboles, sobre las trasparentes ondas del mar.

Los guerreros vistieron sus cotas, sus cascos y sus petos.

Todos ansiaban por momentos el instante de llegar á la orilla.

Los botes comenzaron á surcar los alrededores de las carabelas.

Colon, con su estado mayor, no tardó en llegar á la orilla.

Precedidos del almirante, corrieron al paraje donde tenia su morada Guacanajari.

Al pasar entraron en las primeras chozas y las hallaron desiertas.

Sus moradores no habian dejado en ellas ningun objeto.

Continuaron andando, y su soledad era mayor.

Llegaron al palacio de Marien, y un profundo silencio reinaba en la regia choza que servia de morada á Guacanajari.

Los árboles que cobijaban al Tzimes habian perdido su precioso tesoro.

El ídolo habia desaparecido.

Recorrieron todo el territorio de Guacanajari, y no hallaron un solo habitante, no encontraron un solo objeto.

No habia duda; habian cometido una infame traicion, temian el castigo y habian corrido á guarecerse bajo la proteccion de los otros caciques, que á aquellas horas afilaban las flechas sobre las piedras y envenenaban sus puntas con la flor del manzanillero para aprestarse á una lucha encarnizada con los que hasta entonces eran sus amigos, y desde aquel momento debian ser sus más terribles adversarios.

—Nos han vendido,—exclamaron todos los capitanes,—volemos en su busca

—Nó,—dijo Colon,—aún no es tiempo, el entusiasmo os ciega. Vamos á luchar con fuerzas superiores á las nuestras, en un país que no es desconocido: meditemos ántes lo que debemos hacer.

—¡Oh! no temais, señor,—dijo el intérprete que acompañaba al almirante,—yo conozco todos lossen-
deros, yo os guiaré por todas partes y el triunfo será vuestro.

—¿Tú?—exclamó Colon,—¿tú vas á ser el verdugo de tus hermanos?

—Sí, porque ellos han herido de muerte mi corazón.

Por orden de Colon volvieron todos á las embarcaciones y se reunieron los capitanes en la *Marigante*, para acordar las medidas que debian tomar en aquella situacion angustiosa.